
M. Halbwachs, *La classe ouvrière et les niveaux de vie*, Paris, Alcan, 1912, pp. 74-76.

El obrero (junto con el campesino) es el único en la sociedad que ejerce su trabajo directamente sobre la materia inanimada y se encuentra, por ende, en contacto cotidiano con ella. [...] Como herramientas que conservan todavía en sus empuñaduras la marca humana, pero que son esencialmente materia en las partes en las que actúan, los obreros deben, de cierto modo, solidificarse, endurecerse, sustituir sus contornos naturales y humanos por líneas más angulosas, recubrir de una envoltura más rígida y más tosca a la vez toda la fachada de su vida que mira las cosas inertes, o sea, toda su actividad. Un filósofo contemporáneo definió la inteligencia: como "la facultad de fabricar objetos artificiales, en particular, herramientas para hacer herramientas". Nosotros afirmamos de buen grado que la sociedad, al constituir dentro de ella, o, mejor aún, al situar fuera de ella toda una clase de hombres delegados al trabajo material, supo fabricar herramientas para manipular herramientas. Las consecuencias de semejante hecho son, lo veremos, considerables.

Podemos anotar desde ya algunos rasgos distintivos de la psicología obrera, que son el resultado de esa familiaridad cotidiana con los objetos materiales: Una disposición de espíritu más grave, puesto que se desarrolla en el aislamiento; un pensamiento más lento y difuso a la vez, una sensibilidad reprimida y embotada al mismo tiempo; más despreocupación aparente en la vida ordinaria, quizá, porque su seriedad está puesta en el ejercicio de un trabajo que obliga a su pensamiento a salir claramente del círculo social: menos sociabilidad y más solidaridad a la vez, es decir, cierto desapego respecto de la sociedad y de sus costumbres, y una instintiva simpatía por quienes, como ellos, enfrentan la materia.

[Volver](#)